

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 85

DELIQUIOS DE AMOR Y LOCURA

Gilberto Martínez

Al Doctor Eduardo Pavlovsky de quien tomé prestado

algunos apartes del inicio de su obra La Muerte de Marguerite Duras.

A Sandra, la modelo que inspiró esta obra

y a Gloria con todo mi amor.

En escena, un ataúd de lujo, término medio. Cuatro candelabros de plata. Sobre una mesa una máquina de escribir y una pistola. Papeles, ropa de mujer e interiores femeninos, regados por todas partes. Una botella de Whisky

Un hombre dormita. Musita al parecer dirigiéndose al ataúd.

En la puesta en escena deben oírse a su debido tiempo, voces, una radio que da la noticia de un asesinato y la persecución del homicida. Pero solo se oyen palabras inconexas, sonidos de ambulancias y de furgones policíacos, sin que en verdad se pueda determinar cuál es cuál.

Estaba sobre un zócalo blanco
creo que era un zócalo blanco color violáceo
de eso me acuerdo, blanco violáceo.

Estaba inmóvil, casi muerta, pensé
con mi mente de niño prodigio.
La miré, la miré muy fijamente para detallarla.
Apenas se movían algunas de sus patas.

Casi muerta. Pensé. Parecía muerta.
Nunca había pensado en la muerte de una cucaracha,
solo para maldecirla y aplastarla.

Sentí respeto por su quietud,
por esa quietud que anticipaba el final.

Una soledad digna. Pensé. Eso.
Una soledad tan digna en sus últimos momentos,
que sentí la presencia de la muerte...
como si la muerte se pudiera ver materialmente.

¿Por qué tan sola? Pensé.

Tendría hijos y sabrían que se estaba muriendo.

Se darían cuenta de su muerte por fuera y por dentro.

Y tú lo sabías perfectamente,

que eso es una cosa que nunca se tiene cuenta,

que uno se muere por fuera y por dentro.

Sola. Resignada a morir sola porque no había más cucarachas cerca.

No divisé ninguna. Pensé si el ritual de la muerte en las cucarachas consistía en morir en completa soledad...

Tal vez las demás huyen porque les horroriza la muerte.

Se escaparon para no verla morir.

Porque nos encantará ver morir a los vivos

y acompañar y resucitar a los que ya están muertos.

Pensé en su vida, en cuánto vive una cucaracha.

Eternidades, prehistóricos tiempos las conocieron.

¿Y ésta? ¿Estaría vieja?

Temí enloquecer con mis razonamientos

pero no podía dejar de mirarla.

¿Quién en forma discreta

había puesto el pie sobre ella?

En medio del silencio dejado por los murmullos
creí recordar unos minutos antes
el crujido de un pedazo de leña cuando se parte,
pero no le había dado importancia.
¿Además de ese pié que le destrozó las entrañas,
estaría sufriendo de alguna enfermedad incurable? ¿Poco probable?
Pero estaba dentro de lo posible,
haber estado sufriendo y ahora bendecir esa suela
que le había ayudado a conseguir la muerte.
Sentí piedad por ella.

Cuando un perro se muere hacemos un gran alboroto,
cuando una mosca se muere su muerte pasa inadvertida,
pero la muerte de una cucaracha causa aspavientos
y exclamaciones de alegría y júbilo.
Es más, el que logra aplastarla, llama la atención
sobre su acto guerrero,
y repite de nuevo la acción
para cerciorarse de que está muerta, bien muerta.
Por eso... esa muerte era extraña, nadie se hacía responsable de ella.

Empecé, sin dejar de mirarla, de reojo,
a observar a los presentes

y solo vi circunspección, solo estiramiento circunspecto.

Así pude determinar al siempre impecablemente vestido Profesor
que todas las mañanas, con alambicadas palabras
trataba de convencer al agnóstico abuelo de nuestro origen acuático
cuando a la que había que dedicar
toda esa cacharrera palabrería era a mi madre
que se echaba bendiciones por todas partes como buena hija
de la legión de María.

Miré el zapato 45, sin huellas de culpabilidad,
de mi padre a quien apodaron el Mico
por su estatura y a quien no pude determinar totalmente
sin que el ángulo visual de mis ojos cambiara de tal manera
que no llamara la atención o que un profundo dolor
se desencadenara en alguna parte de mi aparato visual.

Me percaté de las centenarias chuvas - vendedoras de ochuvas -
perennes bastiones de una virginidad no deseada
y sostenida, según las malas lenguas del barrio,
por la fidelidad a un imposible amor púber
que se produjo bajo los árboles del parque
entre juegos de muñecas y soldaditos de plomo.

Mis ojos, que no dejaban de mirar a mi ya, amiga cucaracha,
fueron advertidos por una tos gangosa
y el deglutir de un viscoso gargajo,
que allí estaba el profesor Miguel
el del diente de oro en medio de esmaltes cariados y manchados
por la nicotina de un permanente, barato y negro tabaco nacional.
Ninguna pista descubrió mi inquisidora
y rápida mirada de reojo y regresé a mirar y configurar
el estado de salud de mi amiga.

¿Sabría que se estaba muriendo?
y que no tendría un ataúd lujoso como el del abuelo?
Pienso que sí... ahora pienso que sí.
Tuvo así lo creí mientras la observaba
unas convulsiones rítmicas en sus patas delanteras,
que se fueron extinguiendo poco a poco.
Se quedó inmóvil. Murió. Pensé, hay un momento
en el cual la vida y la muerte van juntas.

Sentí que había participado de su deceso,
y me sumí en un silencio,
en un intenso silencio de muerte,
mientras los rezos se ahogaban en el calor de la sala.

Lo que no pude tener con el abuelo
lo tuve con esa cucaracha,
un compartir la muerte,
un compartir la muerte con una cucaracha común.

Ella supo que yo había estado ahí, acompañándola en su momento final.
Pero al mismo tiempo me sentía que había sido cómplice de un asesinato,
nada común. El asesinato de una cucaracha en una sala de velación,
y sin saber quién era el asesino.

Más que con el abuelo, estaba con ella
ese día, cuando aún niño, estaba dormitando
pensando que hacer con mi amiga, la cucaracha.

En ese día... calor de mediodía y de respuestas,
impregnado de incienso y murmullos
de rezanderas vestidas de negro.

En medio de todos, estaba, en la sala adornada
con enormes candelabros de plata, el ataúd,
y dentro de él,
él que había sido uno
de mis personajes favoritos: El Abuelo.

De pronto, desperté sobresaltado.

Entró como una exhalación.

Detrás de su velo de viuda

ante cada inclinación

de cabeza presentía

su tez sudorosa.

Imaginé la salida de su casa...

su andar presuroso por la calle de la playa,

batir de sus alas de ángel, tules negros

como las de una negra mosca,

queriendo volar desesperada, creyendo no llegar a tiempo,

airándose garbosa y solera, de vez en cuando,

con su abanico español de nácar sevillano,

pintado con pases muleteriles y cuernos enhiestos

en busca de la inglé torera.

Abanico que le regaló su difunto esposo,

furibundo aficionado

a la suerte de cuchares,

asiduo a corridas...

a las que nunca la llevaba.

Llegar y sentarse fueron un solo movimiento,
armónico y dinámico movimiento
de fémina adiestrada en dichas reuniones.
Un pararse, un mirar inquisitivo y voluntarioso,
un leve inclinarse de la parte superior,
un doblar felino de sus extremidades inferiores
y sus extensas colinas glúteas
reposar en el asiento de mueble vienés,
parte de un conjunto traído por mis padres,
y que les recordaban, cuando nos sentábamos
en los coloquios vespertinos, después de un prolongado
y nunca deseado rosario de cincuenta cuentas,
danzar vals en los hoteles lujosos
de la imperial Viena.

No se cuánto tiempo había pasado
cuando en forma imprevista
y espontánea, se levanta, gira sobre los tacones
de sus zapatos andaluces y en forma
torerísima grita, no un ole,
sino una salutación como imprecando
a la Virgen de madera centenarista
que en el fondo emergía

como telón misericordioso,
clamando piedad para su esqueleto
que sentía disolver en el calor del infierno:

¡Abran las ventanas
para que nos enfriemos los esqueletos!

Fue algo digno de verse.
Hubo tal dignidad en el acto de mi tía,
en defensa de su integridad física,
de su marchita y bella figura de viuda inconsolable
(diez años de luto riguroso después de la muerte de su varonil esposo),
que causó hilarante indignidad contenida, de todos los presentes.

Pero en una cosa estuvieron de acuerdo. Pensé.
Que habría que abrir las ventanas
para ventilar los esqueletos de los vivos que van a morir,
y de los muertos que quisiéramos que volvieran a vivir.

Traté de aprovechar el momento de desconcierto.
Saqué el pañuelo de seda suministrado por mi madre
antes de entrar a la sala y que aún permanecía seco,
quise recogerla...

No estaba. Cucaracha de mierda, me había engañado,
me había hecho poner sentimental,
cuando era uno de los sentimientos que más odiaba.

Ahora estaría volando por ahí, riéndose de mí...

Pero en un rápido vistazo la descubrí en el piso.

Había resbalado de la parte superior del zócalo al piso.

Yacía muerta, inmóvil.

Cómo había podido desconfiar de ella.

La envolví presto en el pañuelo sudario,
sentí al hacerlo que no le hice daño.

La mano de mi madre me detuvo cuando fui a guardarlo,
más ligera que el viento del verano,
arrojó por la ventana el cadáver de mi amiga...
y comprendí que mi madre había sido la asesina...
y rompí a llorar.

Creyendo que mis lágrimas eran por el abuelo,
entre sollozo y sollozo y manos que me tocaban la tupida cabellera
de infante doloroso,
me sacaron de la sala en andas,
me acostaron en mi cama
y me inyectaron un sedante.

Y como ahora, cuando desperté,
en ese entonces no sé el por qué,
pensé en el suicidio.

Ese pensamiento que se adentra
desde que se percibe el mundo
y estalla hacia fuera
como el último pincelazo
que se le da al cuadro de la vida.

No es un gesto cualquiera,
como el levantarse, desperezarse,
hacer veinte flexiones,
mirarse el flácido
abdomen cincuentano,
mirarse al espejo,

afeitarse, bañarse,
colocarse los pantalones,
la camisa, los zapatos,
el saco y salir de prisa
a buscar un empleo que se nos va de las manos.

Noooo... no... no es uno de esos gestos
que vemos en el hombre parado
en una esquina y que se arregla el bulto
en un ademán de macho insatisfecho
o para posar de chulo
en las esquinas de los prostíbulos,
o de figurín en las academias de arte
al ver al "pinta" que le pica el ojo
descaradamente a la entrada de su
cubículo de artista.
Únicos seres que saben vivir en este mundo de parados.

Pero qué me pasa...
porque juego delante de tu ataúd
con lo que no debo jugar:
con recuerdos,
con deliquios de amor y de locura,

con gestos rítmicos que desaparecen

poco a poco hasta quedar inmóviles

y se niegan totalmente a resucitar.

¿Sabes que es lo que creo que me impulsa a contarlo?

La necesidad de vivir una y otra vez lo que pasó.

Pienso que nunca te conté cuando la conocí.

Fui un exitoso promotor de belleza.

Uno de esos que sin querer abre los sueños

a las que nunca creen que los sueños son pesadillas

adornadas por los deseos insatisfechos de unas vidas

que nunca escogieron.

Me encantan los barrios

de las clases medias.

En ellos creemos que manejamos el poder de ser

pero no nos damos cuenta

que nos manejan desde el poder.

En ellos se encuentran,

desde los más hermosos ejemplos

de la condición humana,

hasta ejemplos de los más degradados instintos,

desde el transcurrir de una bella melodía de vida,
hasta la más turbulenta existencia
semejante a un tornado que inesperadamente
irrumpe en la cotidianidad
de cualquiera, para dejar estremecer los cimientos
de una brumosa y tranquila construcción deífica y moralista.

En ellos se encuentran
las soñadoras y las de un imaginario
que no da ni para levantar el polvo del suelo.

Las inconformes y las conformes.

Las que limpian la mugre,
pero quieren calzar el zapato
de cenicienta alguna vez en la vida.

Un zapato de cenicienta que muchas veces resulta fatal.

Al parecer ella era de las conformes,
o por lo menos sus sueños,
no pasaban de ser, así lo creí,
la de una modesta empleada de almacén de ropas.

Nací en uno de esos barrios.

De un padre y una madre que pasaron por la vida inadvertidos...
excepto por haberme engendrado.

Con un abuelo que en medio de la copa sodera vespertina,

pega de estampillas, lecturas interminables
de un Quijote de la Mancha adornado por las grabaciones de Doré,
y experto en orquídeas de otros,
entraba enhiesto en las horas del almuerzo a decirle a mi madre:
"éste será el báculo de tu vejez."

Viejo hermoso que no sabía la carga que me puso
sobre los hombros y que jamás
logré conseguir levantar a plenitud,
excepto cuando como una "cuba"
en mis largas noches de bohemia
de "Éramos tres los caballeros",
remataba con "Las Acacias" en la ventana, esa de:
"ya no vive nadie en ella... y a la orilla del camino, las acacias..."
que daba a la pieza de los viejos,
y por la cual un día, convertida en sala, el día del velorio del abuelo,
salió ese exabrupto de:
"abran las ventanas para que nos enfriemos los esqueletos"
y salió disparada por toda la eternidad mi amiga cucaracha.

Mi niñez pasó entre soba y soba
con una del servicio
que sabía que una mano

cariñosa y sabia
hacia reposar
la pulsión erótica sin peligro,
mientras su otra mano
se estremecía entre sus piernas
de alabastro mestizo.

El despido fue inmediato cuando los viejos se enteraron
de tales rituales matinales y nocturnos.
Con el espanto en los ojos
me advirtieron que me iba a convertir en un morón
por pérdidas constante del líquido medular.

Fueron mis primeras experiencias.
Y hasta donde supe, no quedé ni ciego, ni bobo,
pero sí con el trauma de un sacrilegio mal administrado por años y años,
de sufrimiento luciferino, cuando no fui capaz,
de contarle al escuálido padre confesor tamaño pecado
para luego con cara de beato ignaciano,
abrir la boca para recibir el cuerpo y la sangre del presentido
y nunca presente Nuestro Señor
que está en los cielos y del cual a mí solo me atormentaba
la palabra de su ministro en la tierra,

por lo menos eso decía ser,
ese ser de mirada profunda y pómulos salientes que en la semioscuridad
y en las ondulantes sombras producidas por unos cirios funerarios,
desde un pulpito dorado, nos decía ser sacrílegos... y de morir,
ser condenados a los profundos, calientes y azufrados infiernos,
ensartados en un tridente portado por un monstruo
que cuando dormitaba me perseguía inmisericorde y que hacía que saltara
de un solo golpe buscando refugio en los muslos blandos y seniles de mi vieja
nana.

De paso llegue al colegio que llamaban La Manga, ese arrumaco de colegio
estatal

cuyos recreos se realizaban en un patio cercado por orinales
hediondos, y en donde un día un mesticito de cabellos ensortijados
quiso ensartarme y enseñarme a hacer el amor por detrás.

Ahora si el sacrilegio fue algo que se convirtió
en un profundo martirio existencial y volví de nuevo
al colegio ignaciano. Preferí volver a los cansinos
discursos azufrados del jesuita de los ojos encuencados
que sufrir la humillación de ser desflorado
por un desgraciado mestizo.

Del colegio pasé a la Universidad

y éste que era el niño prodigio,
el que iba a ser el báculo de la vejez de una madre,
simplemente por necesidad, se dedicó
a los negocios de la moda.
De la publicidad.

De su vida poco supe.
Pero que había vivido con alguien y se había separado
ya lo sabía cuando la encontré en ese modesto almacén de ropas.
Su cara era la de una esfinge que en ocasiones humedecía con lágrimas,
y otras con lágrimas de alegría al conseguir la meta que se proponía.
Nunca me quiso,
pero aceptaba mi compañía con algo más que la simple amistad.

No te imagines nada. Nunca la poseí...
Pero carajo, si la quería.

Y apareciste tú.
Una vez quise saber cómo,
y simplemente me colocó los dedos en la boca.
No volví a preguntar.

Como te dije ella trabajaba en una tienda.

La tienda estaba en un barrio popular,
de esos en donde se venden aún
velitas con quesito, galleta negra,
y se cierra la calle para jugar al fútbol
o hacer sancocho de desenguayabe.
Se vendía baratillo y se ganaba el sueldo mínimo.

Tú no lo conociste.
Te tocó el mundo de lujo, el alto Poblado,
ese "idílico" terrenal que disfruta la clase alta,
que envalentona a los que de una u otra manera
han conseguido la manera de usufructuarlo,
al que aspira la clase media,
y en el que para poder vivir, como esclavos, laburan:
celadores, sirvientas, albañiles, cuidadores y lavadores
de motocicletas de alto cilindraje
y de "burbujas" de la prepotente y clasificadora industria automotriz,
esos... los de la clase baja.
Ese que es capaz después de un acto terrorista
de celebrar los funerales con carnavales de recuperación económica.

Cuando lo vi sentí que me había ganado la lotería.

En mi desesperación había dejado de recorrer
los barrios en donde las adolescentes acompañadas de su padres,
buscaban fortuna en el modelaje a costa de siliconas,
liposucciones y todo aquello que según los cánones
era aconsejable para subir al pedestal de la fama.
Lolitas adolescentes agresivas y encantadoras de serpientes
que ya van dejando la piel por las carreteras de la vida.

Para ese entonces tenía escasos veintiún años
y ningún procedimiento había afectado la tonalidad de su cutis,
ni la leve sombra del rimel opacaba la claridad verde tornasol de sus ojos,
ni la respiración alteraba la sombra de su recta y proporcionada nariz,
ni la tenue pincelada del pintalabios encubría la carnosa sensualidad de sus
labios.
Sus pechos erectos, del tamaño de la concavidad de una delicada mano,
no habían sido alterados por la maternidad ni por cirugías amañadas.
La estrecha cintura daba vuelo a una encantadora cadera
ceñida en un desteñido blue jean,
era sostenida por unas piernas dignas de una diosa griega.
Sin más, entré y la abordé: "Oye,
tienes condiciones para ser modelo.
Hay una audición y quiero recomendarte".

Aceptó el reto.

Su voz cantarina me contó después de sus dudas,
de mirarse al espejo, desnuda, cosa que jamás había hecho,
fajarse unos cortos pantalones, una desobligada blusa,
que dejaba entrever el surco de sus senos,
y salir con la sonrisa mejor del día a cumplir la cita.
El verse con sus escasos veintiún años
en medio de quince niñas de trece
y catorce años, con su bobalicón candor,
pero dispuestas a dar la batalla,
fue la primera prueba de fuego que sorteo
hasta que le temblaron las piernas cuando les dijeron
que las habían citado para el casting en la rama de la ropa interior.

Cerré los ojos” - me dijo -
mientras se tomaba un “cortado”
después de una de esas agotadoras sesiones.
“Imagínate, esa pasarela se me hizo interminable,
con mis uno sesenta y cinco,
tuve que recorrerla en ropa interior
sacando pecho y con la pelvis hacia delante,
casi hasta la hernia del disco vertebral,

caminar cruzando las piernas
como una garza recién nacida,
perdiendo el equilibrio a cada instante
y esa sensación de estar haciendo el ridículo...
no se lo deseo a muchas de mis enemigas
en esta batalla en la cual no puede asomarse
ni el mas mínimo rasgo de cobardía.

Pero su cuerpecito de muñeca conquistó las pasarelas.
No hubo audición en donde no saliera elegida.
Ni sesión de fotografía en donde no fuera una de las preferidas.

Mira ésta, mira ésta... fue de las últimas.

El modelaje y tú fueron sus pasiones.
Su regazo fue el recipiente que acogía tu ternura
y el nido de la seda del corselete de moda
o de la braga que ocultaba levemente sus encantos venusinos.
"Se convirtió en la reina de la ropa interior.
Se dejó acariciar por sedas corrugadas,
algodones desaguados, transparencias bordadas,
letines multicolores.
De estas ropitas encantadores que en la adolescencia

buscamos con fruición en los cuartos femeninos,
para olerlas y gozar de la química aromática
de esos montes venusinos, que cubrieron.

Fue la heroína del “mundo pulcro y moderno”
con el que sueñan las mujeres fatales,
las adolescentes románticas y las señoras desencantadas
que la reconocían en la calle y aspiraban a dejarse tocar
por su halo de hermosura.”

No le tocó el mundo del corsé
y la basquiña fuertemente ceñida sobre el busto,
de tela de apresto y luego armazón metálica,
ni los de cuerpos pespunteados
con tablilla de madera y metal
deformadores del mejor cuerpo
y causantes de auténticos suplicios.
Ni los corsés armados de ballenas,
ni de cinturones y cintillas
a lo griego o romano, ni la faja de raso.

Por el contrario fue portadora
de los brasieres de realce y copa blanda,
de los multiusos con aro invisible y tira delgada,

de gel que moldean el busto,
de los top doble tira delgada
o de los de cargadera convertible
que tuvieron el privilegio de gozar de su aterciopelada piel.

Y fue testigo de la vida que nunca sintió como suya.

La vida de los deseos soterrados, de las envidias,
del encubrirse con piel de oveja
cuando lo que se desea
es dar rienda suelta a los feroces dentelladas del lobo.
Ir de banquete en banquete,
de fiesta en fiesta,
de desordenadas reuniones de infatuados e inflados hijos de papi,
de humos alucinógenos y aspiraciones de nieve,
de inyecciones de heroína en los retretes de los cines públicos,
de rechazar supuestos amores,
y a endurecidos magnates de la industria de la confección,
que van en busca de la carne fresca de las modelos.

Seis años utilizó el complejo metabolismo
desencadenado por fotógrafos, agencias,
promotores, incluyéndome quizás a mí, y clientes.

Todo lo aceptó sin levantar el tono de su voz
y con esa sonrisa de muñeca encantadora, abrasadora y total
que iluminaba hasta el ultimo rincón del lugar en donde estaba.

Pero la muerte le llegó desde el silencio más profundo.

En esta ciudad en donde se asesinan mas de cuatro mil personas al año,
la muerte no llegó desde un changón lumpesco
sino desde el soterrado mundo de su silencio.

Cuántas veces, cuando la mirabas,
y me mirabas suplicante, entendía tu lenguaje,
sentía la necesidad de acercarme y decirle:
"Sandra, en que puedo ayudarte".

Tú y yo sabíamos cuando cómplices nos mirábamos
que algo estaba navegando por su universo interior,
y siempre el temor de que me pusiera los dedos en los labios
y me exigiera silencio y comprensión, como cuando pregunté por ti,
me inhibían, y entonces continuaba la charla por los pasillos
exteriores de una existencia que poco a poco iba minándose,
pero que no daba su brazo a torcer ni a confesarse con el amigo
que la había llevado a poder existir
con lo que siempre los seres humanos aspiramos,

con dignidad.

Pero este mundo rosado, arrobador y frenético, no admite la autenticidad.

“Una niñez, una niñez muy difícil”...

me dijo su íntima amiga cuando le conseguí su primer contrato.

Estuvo enamorada de Alejandro y tuvo un embarazo que terminó mal...

Qué te pasa Sandra: “Acabo de perder un bebe...”

Pero el show debía seguir.

Alexandra dijo después de su muerte:

“Era un hermoso y fuerte castillo que sin embargo se estaba erosionando por dentro.

Por eso la mayoría de las veces se contenía

para no mostrarle absolutamente a nadie su otro lado,

ese lado triste de dolor interno,

de su sensación de soledad,

de sentir que le faltaban las fuerzas.”

Ahora estoy seguro que eras el único que sabía de sus secretos.

Tú la acompañaste cuando ese sábado tres de mayo,

Sandra se pintó los labios,

por primera vez, en sus veintiocho años de vida,
de rojo encendido.

Y antes de ir al encuentro de ese matrimonio arreglado,
le dijo a su maquilladora:

“Hoy no quiero colores oscuros ni tristes. Hoy quiero verme feliz”

Ella hasta entonces la “bombero”,
la top, la bendecida, la de los contratos millonarios
y los viajes a la florida,
quizá ya estaba presagiando su decadencia
y su acelerada defunción.

Temo enloquecer con mis delirios pero sé que debo continuar.

Ese día lunes ocho de mayo por la mañana le había programado
una entrevista, y salió contenta
a encontrarse con Alejandro
y otra pareja amiga, en el hotel Dann Carlton.
De ahí en adelante todo es confuso...

Los dejo, y horas más tarde,
alguien me dice que la ha visto por el centro,
descompuesta, caminar como sonámbula, con mirada suplicante

y un rictus en su boca.

Nunca antes la habían visto así.

Corrí, en busca de un taxi. Necesita confirmar el hecho.

Cuando llegué solo vi una confusa multitud de curiosos y un taxi amarillo.

Pregunté: Qué sucede...

-Alguien se tiró de la terraza del hotel...

-y en el momento en que cayó, llegó ese taxi,

y no sé bien si cayó encima del carro

o cuando fue a arrancar, atropelló el cadáver

-que acaban de llevar al anfiteatro.

-Está declarando, pues le quieren echar la culpa.

Otro dice:

...la debió haber recogido...

...Lo único que le digo es que nada había que recoger...

...Uno nunca sabe...

...Era su obligación el haberla recogido

...Me consta que el único testigo fue un bello perro que después de oler los restos,

huyó gimoteando...

Fui al comedor y no encontré a nadie.

De nuevo una aprehensión de muerte,
de esa muerte aplastada,
de esa extraña relación entre la muerte
de una cucaracha nada común y yo...
me cerró la garganta.

Y corrí hasta el apartamento.

Al abrir la puerta te vi.
Cómo llegaste ahí, no lo sé...
solo sé que ibas de un lado a otro,
tu blanca piel cubierta de pecas
giraba sobre la retina de mis ojos atónitos,
y de pronto desde uno de los muros
disparado corrías por la mitad del apartamento
y golpeabas con la cabeza el muro opuesto.
Te la abriste, la sangre brotaba y cubría tu cara,
tu hocico de bebe consentido,
Me agaché, traté de detenerte,

me mordiste, y de nuevo gruñendo,

te reventaste la caja craneana.

¿Y sabes qué hice? ¿Sabes qué hice?

Fui por mi revólver,

ingresé al puesto de policía...

averigüé el numero del taxi y el nombre del dueño...

encontré su casa...

entré y le pegué un tiro

mientras le gritaba

en mis delirios de amor y de locura:

¡Por qué no la recogiste hijueputa!... ¡Por qué no la recogiste!

Se oye una sirena de Policía. Se abraza al ataúd que cae estrepitosamente al suelo. El cadáver de la mascota de Sandra, la modelo, rueda por el piso. Apagón.

Gilberto Martínez. Correo electrónico: gil27@correoweb.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Junio de 2002

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar